

LA ILUSTRACION DE LA MUJER



Año I

BARCELONA, 15 DE AGOSTO DE 1883.

Núm. 6

GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES



S. M. LA REINA ISABEL DE RUMANÍA (CÁRMEN SILVA), dibujo original de P. Ross.

SUMARIO.

TEXTO.—HEROÍNAS DEL PASADO.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: Carmen Silva, por D. Nicolás Díaz de Benjuméa.—LA VIRGEN CON EL NIÑO JESÚS, cuadro de Vandyk, recién descubierto, por José Leratensols.—MARÍA DE BORGONA ANTE LOS CONCEJALES DE GANTE, por M.—REVISTA MADRILEÑA, por Doña Josefa Pujol de Collado.—TUS OJOS, por D. L. Bremon.—LAS DOS ROSAS, por Don Cecilio Navarro.—LA LOCA DE LAS TRES CRUCES, (continuación) por Doña María Mendoza de Vives.—MISCELÁNEA.—BIBLIOGRAFÍA.—MIZIFUZ! por N. D. de B.

GRABADOS.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES; Su Majestad la reina Isabel de Rumanía (Carmen Silva), dibujo original de P. Ross.—LA VIRGEN CON EL NIÑO JESÚS, cuadro de Vandyk, recientemente descubierto.—MARÍA DE BORGONA, ANTE LOS CONCEJALES DE GANTE, copia del notable cuadro de Emile Wauters.—MIZIFUZ!, dibujo de R. Brendanourra.

SUPLEMENTO.—Revista de modas y salones.

FIGURÍN ILUMINADO DE PARÍS.

HEROÍNAS DEL PASADO.



oy que podemos abrazar con una mirada el triste y largo período de la humillación de la mujer, bajo el disfraz de un culto artificioso y una falsa galantería de parte de los hombres, conviene un breve examen retrospectivo para persuadir á los más incrédulos de la necesidad urgente de un cambio radical en sus condiciones.

Y como la literatura, en el teatro y en la novela, nos da la medida exacta del estado social de cada época, veamos lo que ella nos presenta en sus tipos ó heroínas.

En toda la varia é inmensa decoración que el arte nacional nos presenta desde el renacimiento de las letras, hasta el segundo renacimiento moderno de la razón y del sentido común, sólo vemos dos tipos en las heroínas, igualmente falsos. El de la mujer ideal, esclava y víctima, que muere por amores contrariados, ó el de la mujer casquivana que mata contrariando amores. Lo primero es un idealismo exagerado; lo segundo un realismo que frisa en la caricatura.

El primer tipo se encuentra en los poemas caballescicos, se continúa en cierto modo en los poemas pastorales, y concluye en esas filigranas del corazón del género de Pablo y Virginia. El segundo se halla en las producciones dramáticas donde la mujer es el torbellino, la zozobra, la pesadilla, la manzana de discordia, y la perdición de todos cuantos caen bajo el influjo de sus gracias ó artes seductoras.

¿Cuál es el fundamento en que respectivamente descansan estas producciones? En las heroínas del primer tipo, la hermosura del cuerpo y la sumisión del alma. En las heroínas del segundo tipo, la hermosura del cuerpo y la travesura ó rebelión del espíritu.

Es decir, en ambos casos, la base engañosa, fugaz y percedera de una cualidad que no es potestativa, sino azar de la suerte. ¿Y el resorte que hace mover toda esta máquina? La tiranía de los padres llevada con razón al exceso, en parte por la ignorancia de la mujer, en parte por las ideas exageradas del honor; ora por lo licencioso de las costumbres, ora por la falta de protección de las leyes para con el bello sexo.

Nos encontramos, pues, en ambas esferas con un sér verdaderamente digno de lástima. Humillado por la ignorancia, en perpétua tutela de los padres y maridos, y á falta de estos, de los hermanos mayores: imposibilitada de sentir, de obrar y de pensar por sí misma, la mujer no era más que una carga, un cuidado, un temor continuo para la familia. Las heroínas del primer tipo son las víctimas que aparentemente sucumbían á su destino. Las heroínas del segundo tipo son como las rebeldes que protestaban, las que instintivamente soñaron otra existencia, otra condición más propia de su naturaleza.

En los libros de caballería donde más se idealiza á la mujer, es donde se ve lo feo y repugnante de ese estado anti-racional en que se colocaba al bello sexo. Amadis de Gaula puede servir de muestra de centenares de ese género. Amadis se enamora de la casta y pudorosa Oriana, hija del rey Lisuarte. Sus amores son de ángeles más que de seres de esta tierra. El joven doncel es el caballero más valeroso y ejemplar de aquellos tiempos, hijo de un rey por añadidura, y tan querido por los padres de Oriana,

que dieran ambos la vida por servirle y pagarle la honra que les confiere residiendo en su corte. No obstante, Amadis apenas puede hablarla, sino á hurtadillas, con fingimientos y engaños é intervención de doncellas complacientes, ó digamos, traidoras á sus amos. Cuando llegan á hablarse, emplean un disimulo vergonzoso, como si tratasen de alguna conspiración ó crimen de lesa majestad. En una ocasión en que el enamorado caballero se entrega á la melancolía, en fuerza de amor, le manda decir Oriana, «que haga lo posible por disimular, por *los grandes males que resultarían*, si sus padres se enterasen de sus amores.»

Hé aquí un verdadero logogrifo. Sin duda lo que podría resultar era, quedar una oreja de Oriana en las manos del furioso padre, ó el ser condenada á encierro en una torre con pan y agua por dieta.

Hay quien cree que no es posible la poesía en el amor, sin un padre-tigre, una joven encerrada y un galán escalador. Naturalmente, si la mujer no tiene otro mérito, atractivo ni gancho sino la hermosura, ¿qué poesía puede haber sino la privación para que avive el apetito?

Vengamos á las heroínas del segundo tipo. También son hermosas por necesidad. Todas se parecían al sol, competían con la luna, ó eran rivales de las estrellas. ¡Y sanas, como manzanitas; y frescas, como flor de Abril! Ninguno habla de una heroína tísica cual Margarita Gautier, ni siquiera de nariz un poco arremangada, cosa que realiza á muchas heroínas de nuestras novelas modernas. Por eso había que encerrarlas de día, mandarlas de noche tempranito á dormir y sacarlas por la mañana á misa, entre dos luces, con la cara tapada y de prisa y corriendo, pues ya se sabía, que mirar un joven á una de estas Helenas de tonelete, era caer de espaldas asaetados y fritos por el amor.

Y lo bueno es que estos serafines con basquiña, apenas hablan ni pablan cosa de sentido común, y si lo hacen, es descolgándose con unas metafísicas tan sutiles, que parecen dómnes de la ciencia de Cupido.

Después de mucho revolver á los galanes, dar sustos á los padres, engañar á las dueñas, alborotar la vecindad con riñas de rivales espadachines, se casan y *Laus Deo*. Como si las enterraran vivas. Toda aquella belleza que derretía corazones en mitad del mes de Enero, se aja y desaparece. Ya no se vuelve nadie á acordar de la sirena del manto, de los ojos matadores, del pié menudo y de aquella boca, almacén de coral y perlas. Se conoce que con la crianza de los hijos, es ya mujer perdida para la sociedad. Unas chancletas, un pañuelo por la cabeza para tapar las enredadas matas del cabello ebúrneo ó dorado, reemplazan al ajuar de doncella, y entre la cocina y el enjabonado de los pañales de las criaturas, se pasa el tiempo de aquella estrella errante, que cayó del disco del sol en los fregaderos de su casa.

Ayúdenme á sentir qué cubo de agua fría no caería sobre las ilusiones del marido á los dos meses de casado, ó lo que durase la luna de miel. ¡Y qué educación tan brillante y acertada sabría dar á los hijos! Cuando lloraban, ahí estaba el Coco para asustarlos. Si no se dormían pronto, un par de cuentos de duendes y diablos, y hé aquí todo su repertorio de moral. Ya más crecidos, se hablaba á las niñas de lo malos que son los hombres, y á los niños de que el diablo toma la forma de mujer para seducirnos. Y como esto no es verdad, la lección producía contrario efecto.

Pena da el pensar en el vacío y pobreza de ese hogar tan decantado, como si fuese posible sentimiento, ni verdadero amor, ni delicadeza, ni goce alguno donde la inteligencia está embotada y el espíritu en tinieblas. El refugio de estos pobres naufragos del corazón, era la iglesia ó el terminar los días en el retiro de un monasterio. ¿Qué podía quedar á la mujer, faltándole la juventud y la hermosura, único pedestal de su triunfo vertiginoso y pasajero? Y ¿quién podrá pesar y medir las amarguras y desprecio de la desgraciada á quien no favoreció con sus dones la naturaleza? El cuadro es tan sombrío y horroroso, que más vale apartar los ojos, y no acordarse de él, sino para pedir justicia y rescate para esa antigua víctima del egoísmo de los hombres.

GALERÍA DE MUJERES NOTABLES.

CARMEN SILVA.

Con este poético nombre es hoy conocida y admirada en todos los pueblos de ambos continentes, la ilustre princesa y poetisa Paulina Isabel, hija del príncipe Hermann Wied, y esposa del rey Carlos I

de Rumanía. *Carmen* es voz latina que significa verso, poesía, poema; y *Silva* quiere decir poema corto, y es también el nombre de una clase de poesía de verso libre. El pseudónimo es apropiado para una dama cultivadora de las letras, y á nosotros nos suena tan familiar, que nos la figuramos nacida en las márgenes del Betis, orillas del Genil ó riberas del Tajo, y cual otra D.^a Constanza de Oviedo, hecha gran Sultana entre los moros, llevada á ser reina en la patria de Heliades, Aristius, Negri, Carlova, Vacaresco, Ghika, y tantos otros poetas como ilustran la moderna historia de este principado de la Europa Oriental.

Poco diremos de materia biográfica, por no privar á nuestras lectoras de argumento más sabroso. Baste decir que Isabel nació á orillas del poético Rhin, de familia tan distinguida por su cuna como por su vocación literaria. La princesa Luísa de Wied, su abuela, fué eminente poetisa; un tío suyo, el príncipe Maximiliano, es celebrado como naturalista, y su padre goza de gran reputación entre los filósofos alemanes.

Isabel cultiva la música y la pintura en su género de la acuarela, tan propio para la mujer; pero en la poesía es donde la observación del mundo y la escuela de la desgracia le han tejido la guirnalda con que orna su frente y la ennoblece más que la diadema de soberana.

En vez de citar sus obras, la última de las cuales, en lengua antigua provenzal y premiada en el reciente certamen que tan brillantemente sostiene el lustre de las antiguas justas poéticas de los trovadores, se ha reproducido en multitud de periódicos de España y del extranjero, preferimos citar sus bellísimos pensamientos y profundas sentencias referentes á la mujer, por la autoridad que presta al actual movimiento en favor de su emancipación y educación una pluma tan competente y distinguida. Cuando mujeres de la talla y altura de la reina Isabel de Rumanía, abogan por la ilustración del bello sexo, bien puede abrigarse la certeza de que la idea regeneradora no es locura hija de entusiasmo generoso cual muchos todavía pretenden calificarla.

Hé aquí uno de los pensamientos, ó mejor dicho, epigrama, de esta inteligencia contempladora y eminentemente filosófica, bastante para acabar de una vez con la eterna cantilena de la debilidad del sexo:

«Debe la mujer soportar el amor, sufrir los dolores del parto, dividir con los hombres las penas, gobernar la casa, educar los hijos, gozar de belleza física, y ser amable en demasia. ¡Y habláis de debilidad!»

Si según la acertada expresión de Goethe, las ideas son del que mejor las expresa, la referente á esa opinión-sarcasmo, la que hunde para siempre ese grosero y taimado argumento del hombre, para menguar concesiones á la mujer, y llevarse él la parte del león, es propiedad legítima de Carmen Silva, porque no es posible presentarla de una manera más franca, breve, clara y convincente.

Otro pensamiento, aún más compendioso, es todavía más profundo y de más alcance en el gran proceso de la mujer, y hiere de lleno sobre la cuestión de su desarrollo intelectual. «Si dudáis, dice, de la verdad de un sentimiento, preguntad á una mujer ilustrada: esta los conoce todos.»

Materia hay aquí para escribir volúmenes, y lo primero que salta á la vista es la ofuscación y pobreza de entendimiento de los que cabalmente se apoyan en la base del sentimiento para negar á las mujeres la instrucción, como si el sentir conscientemente no fuese lo que nos diferencia de los animales. Cuando Sancho usa del vulgar proverbio de «más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena», le responde el sentido superior por boca de su amo: El loco ni en la casa agena ni en la propia sabe nada, porque no es posible sabiduría sobre el cimiento de la locura. Igual razonamiento cabe en esta cuestión. La mujer ignorante podrá sentir como bestia; pero este no es el sentimiento en toda su plenitud, ni puede tener delicadeza é intensidad si no hay en él acción refleja ó sea intervención de la parte intelectual en el fenómeno sensitivo.

Carmen Silva aborda de frente todas las graves y delicadas cuestiones sobre la mujer, lo cual es prueba de que ha estudiado seria y profundamente el asunto. Respecto al matrimonio y á la familia tiene ideas tan elevadas y originales, que verdaderamente nos mueven á colocarla entre los más ilustres pensadores.

«Los hijos del amor, dice, son, en general, bellos é inteligentes.» ¡Qué crítica de nuestros matrimonios modelos!

«La mujer, en sociedad, se conserva difícilmente mujer de su marido.»

«El marido no debería nunca dejar de cortejar á su mujer.»

Hay tantas y tan graves cuestiones envueltas en esta especie de aforismos, que, como ya hemos dicho, podrían llenarse volúmenes desarrollando el pensa-

miento que entrañan. Habiéndonos de ocupar de ellas en nuestros trabajos, las apuntamos aquí con gusto, como guías y faros para nuestra campaña, por venir, además, de una autoridad tan competente bajo todos conceptos.

Terminaremos estos apuntes transcribiendo los siguientes párrafos que consagra á nuestra heroína un escritor contemporáneo, en las páginas de un acreditado periódico:

«En esta mujer extraordinaria, el cuerpo y el alma se corresponden. De la última se puede juzgar por lo que llevamos dicho: del cuerpo por el retrato que acompaña á estas líneas. Es alta, bien formada, antes delgada que gruesa, y en sus movimientos todos revela una elegancia suprema, que no es sólo la elegancia de la mujer aristocrática, sino la aristocracia de una naturaleza privilegiada. En el azul de sus ojos puede leerse el secreto de sus maravillosas intuiciones; en la movilidad de sus cejas, en el modelado clásico de su boca, que embellece una delicada sonrisa, en su correcta dentadura, en el abundante cabello castaño que encierra sus facciones, en sus piés y en sus manos pequeñas, se está revelando su complexión artística y el ritmo superior que gobierna su existencia.

No necesita Carmen, para imponerse al respeto ajeno, las conveniencias cortesanas y de la etiqueta palatina. Antes que reina de la política, es reina de la gracia, de la distinción y del talento. La bondad de su carácter, la nobleza inmaculada de su alma, trazan en torno de ella barrera de admiración infranqueable, que no necesita, por tanto, guardadores. Ni se conoció princesa más sensible, ni soberana menos infatuada con su posición eminente, ni reina, en fin, que menos aspire á reinar por los derechos que ha adquirido.»

Ibamos á soltar la pluma al llegar á este punto, pero una ojeada sobre los pensamientos de su álbum nos impulsa á acotar un aforismo que corrobora la verdad de las anteriores apreciaciones y es una especie de pincelada final con la que esta mujer ilustre queda como pintada por sí misma:

«¿Queréis ser grande? Que vuestra persona desaparezca al lado de vuestras obras.»

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

LA VIRGEN CON EL NIÑO JESÚS.

CUADRO DE VANDYK RECIÉN DESCUBIERTO.

Conocióse este cuadro en el mundo artístico bajo el nombre de «El Vandyk perdido». La última noticia sobre este cuadro hallábase en un catálogo compilado por Pedro Pervesten, de La Haya, en 1770. En la página 166 de este libro hallase la siguiente lacónica nota en holandés. «Venta de cuadros el 26 de Octubre de 1756, en Malinas de Bélgica. La santa Virgen con su niño Jesús á su lado, vendido por dinero de cambio, pintado por Antonio Van Dyk.» Después de esto, nadie supo nada más de este cuadro; constaba su existencia, pero nadie sabía á qué manos había ido á parar.

Pasaron 120 años y de repente el tesoro perdido fué hallado en Limburgo, en un convento de monjas poco conocido donde servía de imagen de altar. Actualmente se halla en poder del paisajista Sr. de Haanen, quien conoce todo el mérito de la maravilla del arte por él descubierto. Vi este cuadro y he de confesar que ninguno de los Vandyk «no perdidos» me ha causado tan profunda impresión. Su inefable belleza me convenció desde la primera mirada de que tenía delante la obra de un gran maestro. El interés que me inspiró fué aumentado aún por la leyenda que me refirieron. Cuentan que el joven Vandyk cuando trabajó en el taller de Rubens, como es histórico, se enamoró de la belleza de la mujer de éste, la pelirubia Isabel Brand. Rubens conoció la pasión de su discípulo y para ponerle coto, mandó á Italia al joven pintor. No se sabe hasta qué punto es cierto el amor de Vandyk por Isabel; de todos modos es verosímil que ella y su hijo sirvieran de modelo para el cuadro de que hablamos, puesto que es sorprendente la semejanza de las dos figuras con los retratos de Isabel y su hijo.

Nuestro cuadro produce en el espectador una impresión extraordinaria. Vestida de púrpura y envuelta abajo en un tejido gris verde, la Virgen está sentada, teniendo sobre su mano derecha el niño Jesús; su cabeza de rizos dorados se inclina un poco hacia la izquierda; los grandes ojos castaños se dirigen hacia el cielo como en oración; los labios delicadamente contorneados están medio abiertos como para rezar. Toda su figura es una personificación del amor materno, de la piedad y pureza. Ninguna aureola ciñe su cabeza; con razón pensó el artista que su divina belleza era el mejor testimonio de su procedencia celeste. El niño Jesús mira animoso y alegre á lo lejos con sus grandes ojos oscuros; en sus labios asoma una sonrisa de contento; parece que quiere escaparse de las manos de su madre para bajar á la tierra; la mano izquierda cae floja; la derecha dirigida hacia atrás, se apoya en el pañuelo gris que pintorescamente rodea la cabeza de la Santísima Virgen, la cual abrazando el hijo con la izquierda le aprieta tiernamente á su pecho. La mano derecha, teniendo un blanco pañal, sostiene al propio tiempo el niño; de este modo las dos figuras representan la

expresión más completa, por un lado, de la ingenua inocencia y fruición infantil de la vida y por otro lado, del cariño y cuidado maternal.

Los accesorios del cuadro son sencillos á más no poder; á la derecha una columna no muy alta; á la izquierda una colina, en el fondo el cielo cubierto de ligeros celajes. El artista evidentemente ha querido concentrar toda la atención del contemplador en las dos figuras y ha conseguido su objeto. Fascina al contemplador no tanto la extraordinaria belleza física de la Santísima Virgen, como la profundidad del sentimiento maternal expresado en su rostro: hé aquí una madre que ama á su hijo como saben amar en el cielo solamente.

Además de la extraordinaria belleza de esta obra de Vandyk prueba su autenticidad la existencia de numerosos grabados, hechos algunos aún en vida del artista por los mejores grabadores de la época, uno de los cuales contaba entre los amigos del autor. El propietario actual del cuadro posee dos de estos grabados que reproducen la obra de Vandyk con la más perfecta exactitud, hasta los más pequeños detalles. Además de esto, el cuadro reproduce todas las particularidades del maravilloso pincel de Vandyk con tal perfección y fuerza que el más hábil copista no podría producirlas. Finalmente, todos los conocedores y artistas que lo han visto mientras estuvo expuesto en Dusseldorf, lo han reconocido unánimemente como producto de aquel grande artista.

El Museo de Berlín ha entablado recientemente negociaciones con el poseedor del cuadro para adquirirlo, pero ha encontrado excesiva la suma que se le pidió.

JOSÉ LERATENHOLS.

MARÍA DE BORGOÑA ANTE LOS CONCEJALES DE GANTE

Nada más interesante que la vida de esta hermosa cuanto desgraciada princesa, madre de Felipe el Hermoso y abuela del gran Carlos V. Hija de Carlos el Temerario, duque de Borgoña, de quien era única heredera, en 1472, época en que apenas contaba quince años de edad, se vió solicitada para esposa por muchos pretendientes, entre los cuales se contaban el duque de Guyenne, hermano de Luis XI, Nicolás de Calabria, nieto del rey Renato, y Maximiliano de Austria, hijo del emperador Federico III. En 1473 celebró esponsales con el duque Nicolás, que murió poco después, y volviéronse á abrir negociaciones con Maximiliano, cuando Carlos el Temerario, su padre, perdió la vida ante los muros de Nancy, en 1477. La joven María llegaba á cumplir los veinte años cuando se encontró sola y sin apoyo alguno en la ciudad de Gante, en medio de una población inquieta é impresionable.

Luis XI, con su habitual falsía, resolvió aprovecharse de esta situación desamparada de la ilustre y joven duquesa, con el honrado intento de apoderarse de todos sus Estados, que eran muchos y florecientes. Bajo pretexto de ser su ahijada y destinarla para esposa del Delfín, de edad entonces de ocho años, y deseando entrar en posesión de propiedades que una mujer no podía heredar, hizo ocupar el ducado y condado de Borgoña.

En vano protestó María contra este despojo, y por último recurso no pudo hacer más que enviar una diputación á Luis XI, residente en Perona, al frente de la cual estaban el canciller Hugonet y el caballero de Humbercourt, dos consejeros suyos de los más sabios y leales. El rey de Francia, apelando á su astucia, juró y protestó que eran purísimas sus intenciones, declaró que quería unir á su hijo con la duquesa, é hizo consentir á los delegados en que le restituyesen, en nombre de su poderdante, la ciudad de Arras y muchos señoríos unidos á la Borgoña.

Cuando de regreso en Gante anunció la embajada el casamiento proyectado por Luis XI, la población, enemiga de la dominación francesa, mostró su enojo sin reserva alguna. No obstante, como se deseaba la paz, los Estados de Flandes y de Bravante enviaron á Luis XI una diputación que declaró al rey que la joven duquesa consentiría en sancionar y aprobar todas las resoluciones tomadas por los Estados.

El monarca astuto, con la esperanza de provocar un rompimiento entre los Estados y María, tuvo la osadía de mostrar á la comisión una nota secreta, en la que la duquesa declaraba: que aparentando aceptar la guía y consejo de los Estados, seguiría la política que le dictasen sus fieles consejeros Hugonet y Humbercourt.

La comisión volvió irritada á Gante, hizo conocer lo antedicho y provocó una sublevación popular, durante la cual fueron presos los dos consejeros de María.

Nuestro grabado, copia del notable cuadro de Emile Wauters, representa á María en el acto de dirigir sus súplicas á los representantes del pueblo en la Sala municipal; mas á pesar de sus esfuerzos y de la verdad que respiraban sus palabras, el pueblo condenó á Hugonet y á Humbercourt á ser decapitados, como se verificó en 3 de Abril de 1477.

Para salir de la tutela-captividad en que la tenían los ciudadanos de Gante y para vengarse de Luis XI al mismo tiempo, María reanudó las negociaciones matrimoniales que su padre había establecido con el hijo del emperador de Austria, y á pesar de las intrigas de Luis XI y de la oposición de las personas que la rodeaban celebráronse sus bodas con el archiduque Maximiliano en la ciudad de Gante, en Agosto de 1477, con la circunstancia de que los novios hubieron de entenderse por intérprete, pues María no hablaba alemán ni Maximiliano francés; pero como los dos se gustaron recíprocamente y se

enamoraron de veras llegaron muy pronto á prescindir de medianeros.

El matrimonio feliz vino á compensar á María las amarguras de su juventud; pero la felicidad no estaba escrita en la página de su vida; poco tiempo después, el día 29 de Marzo de 1482, María murió en Brujas á consecuencia de una herida que tres días antes había recibido en su cuerpo por una caída del caballo sobre un tronco de árbol, durante una cacería. María fué víctima de un acceso de pudor ó de orgullo, pues no quiso admitir los cuidados de ningún médico ni cirujano, y en aquella época no había aún doctoras en medicina y cirugía. María de Borgoña murió á los 25 años de edad, pues había nacido el 13 de febrero de 1457 en Bruselas. De sus tres hijos, el último falleció muy pronto; el primero fué Felipe el Hermoso que se casó después con Juana de Castilla y murió á la edad de 28 años, en 1506; en cambio Margarita que nació el 10 de Enero de 1480, vivió hasta el 1.º de Diciembre de 1530.

M.

REVISTA MADRILEÑA.

El Ateneo científico-literario de esta corte reunió días pasados la sección de literatura bajo la presidencia del conocido escritor D. Manuel Cañete, á fin de proponer el tema de los debates que deben inaugurar el próximo curso.

Acordose por las varias personas allí reunidas, escribir la memoria sobre el tema: *¿Qué es y qué debe ser el arte dramático?* asunto que se presta á interesantísimas y luminosas discusiones, cuyo extracto á su oportunidad trasladaremos á los lectores de LA ILUSTRACIÓN, concretándonos á decir, por ahora, que á la mencionada reunión asistieron los Sres. Campoamor, Camús, Cánovas del Castillo, Sánchez Moguel, Echegaray, Vidart, Saavedra, Navarrete, Bofill y Ortiz de Pinedo.

En el mismo día se reunió la Junta de Gobierno de esta importante corporación literaria, para ocuparse de los asuntos relacionados con las obras del nuevo Ateneo, á cuyo local probablemente se trasladará la Sociedad en el próximo Setiembre.

Preciso es confesar que no veíamos llegada la hora de que la primera corporación literaria de España ocupara un local más á propósito que el que ocupa ahora en el feo y vetusto edificio de la calle de la Montera. Según las noticias que hemos procurado adquirir, hermosos lienzos de renombrados pintores y bellas estatuas de reputados escultores adornarán al nuevo Ateneo, el cual se verá además enriquecido con otra importante sección: la sección de música, de la cual hasta ahora ha carecido por completo.

El celoso alcalde de Madrid Sr. Marqués de Urquijo comprendiendo que la villa del oso y del madroño carece del necesario arbolado, puesto que aparte del Retiro y la Moncloa, ningún otro sitio posee capaz de llenar esa necesidad que imperiosamente reclama la salud pública, ha presentado un notable proyecto de mejora de arbolado, acompañando á dicho proyecto y para que se lleve á efecto, la no pequeña suma de 12,000 pesetas, de su bolsillo particular.

En opinión del Sr. Marqués de Urquijo, debe empezarse la mejora con la plantación de la dehesa de Amaniel. Aplaudimos sin reserva tan excelente proyecto. Madrid circuido de extensos bosques y amenos jardines, se transformaría por completo dejando sus alrededores de ofrecer el aspecto desconsolador que hoy ofrecen, áridos y secos, como las llanuras interminables de la Mancha.

Cuenta la poética mitología que el cinturón de Venus tenía la facultad de inspirar amor; pues bien, planteada la mejora que proyecta el Marqués de Urquijo, Madrid rodeado por un cinturón de árboles, proporcionaría algo tan importante como el amor, algo que es el eterno motor de la vida: la salud.

Agobiados por el calor, la vida se desliza actualmente en la corte lánguida y triste. Los diferentes centros de la actividad humana que residen en la invicta villa no aciertan á sobreponerse al general marasmo, ofreciendo como es consiguiente escasa materia para nuestras revistas.

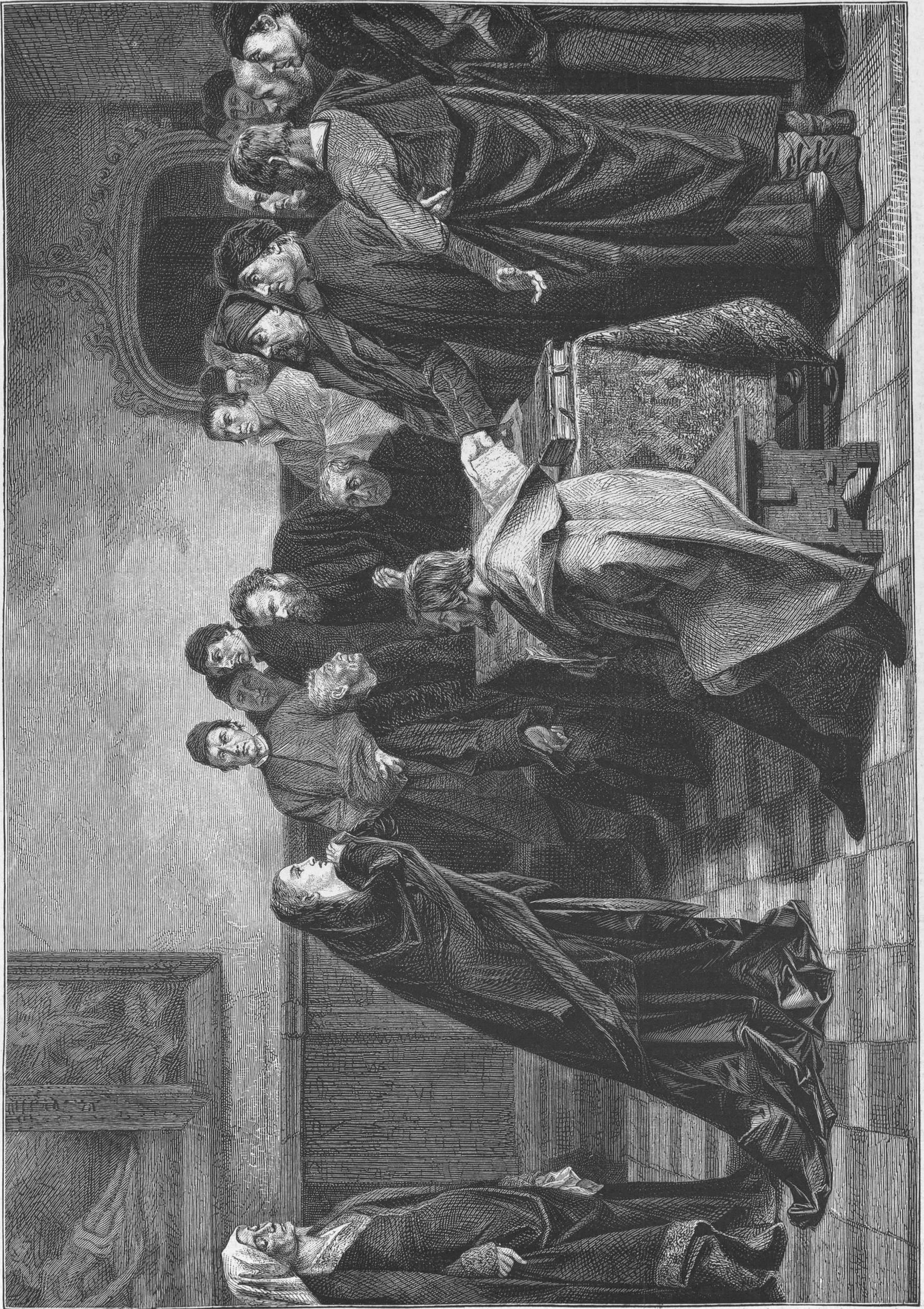
Hoy la vida madrileña se desborda al exterior afluyendo á los varios puntos de recreo de España y del extranjero, donde se reúnen las notabilidades que imprimen marcado movimiento á las agitadas corrientes de la moderna sociedad. Allí debemos por un momento dirigir nuestra atención á fin de buscar algo que apartándonos de la candente atmósfera cortesana, nos recuerde los encantos casi olvidados de la agreste naturaleza y nos envuelva, siquiera sea de lejos, en oleadas de perfumes y de luz, obligándonos á soñar con deliciosas arboledas, cantos de pájaros, seductores panoramas y armonías dulcísimas del mar, aunque despertemos luego en las prosaicas orillas del exhausto Manzanares.

De los dos antiguos rivales Barritz y San Sebastián, este año parece que el último de los citados puntos obtiene la preferencia á juzgar por las distinguidas familias que se reúnen allí, entre las que se cuentan los Duques de Bailén, Baena, Medina Sidonia, y Sotomayor, los marqueses de Valmediano, San Felices, Comillas, Casa-Srcijo, Santa-Marcía, Camarasa, Laguna y Las Almenas, los condes de Egaña, Moriana, Llobregat, Cheste, Casa Valencia y Amarante, los generales Arceche, Lanseria y muchas otras familias aristocráticas.

También los baños de Santa Agueda hallanse, según nos dicen, muy concurridos, pues es aquel, un delicioso sitio para pasar la temporada de verano. Abundan allí las diversiones campestres organizadas



LA VIRGEN CON EL NIÑO JESÚS, cuadro de Vandyk, recientemente descubierto.



MARÍA DE BORGÑOÑA, ANTE LOS CONCEJALES DE GANTE, copia del notable cuadro de Emile Wauters.

por la elegante colonia madrileña, el valle de Guesaliban, la Peña de Udala, la cueva de San Valerio, las praderas de Garagarza, las floridas márgenes del plácido Aramayasa y otros varios puntos del contorno á cual mas bellos. son visitados diariamente por los alegres bañistas. Menudean las expediciones á Erorrio, Oñate y Arechavaleta. Las señoras y señoritas de Nuñez de Prado, Olloqui, Perez Caballero y Chacón, que forman parte de las sociedades de andarines organizadas en Santa Agueda, han dado recientemente prueba de gran agilidad, recorriendo un trayecto de cerca de siete kilómetros en poco más de una hora.

En el monte de Santa Bárbara, junto á la villa de Mondragón llama la atención de los bañistas un pico de la montaña que la gente del país designa con el nombre de *Meseta de la monja*. La leyenda, esa eterna forjadora de cuentos inverosímiles, y á veces poética narradora de verídicos sucesos, cuenta acerca de esta meseta una peregrina historia, que voy á transmitir á mis lectores. Dicese que en antiguos tiempos un noble y gallardo caballero se enamoró de una hermosa monja del convento que desde la meseta se divisa. Parece ser que la esposa del Señor no gustaba de conventuales rejas, que por este motivo prestó atención á las ardientes protestas del atrevido galán y amparados ambos por la pálida Diana que siempre ha sido cómplice de esta clase de delitos, celebraban por la noche sus amorosas entrevistas en la referida montaña. Durante algún tiempo permanecieron envueltas con el velo del misterio tan culpables citas, pero una noche, y cuando los confiados amantes se hallaban más embebidos en la contemplación de su dicha, alguien, de cuyo nombre no se ocupa la tradición, se presentó de repente en la meseta, retando á singular combate al audaz caballero. La lucha fué breve y terrible, el agresor murió merced á los certeros golpes del amante y éste lleno de terror y deseando escapar al castigo que le esperaba, partió al Nuevo Mundo mientras la pobre monja moría en el convento presa de la más profunda desesperación.

Cuántas de las damas de nuestros días que impulsadas por la curiosidad visitan la *Meseta de la Monja* y les sorprende la noche en aquellos funestos lugares, equivocan los rayos de la luna que filtran por entre el follaje con una punta del velo de la infiel esposa del Señor, recordando sin duda que según cuentan los sencillos habitantes del valle, algunas noches vagan errantes por aquellos sitios las almas de la monja y del caballero en demanda de una piadosa oración!

Breves horas ha permanecido en San Sebastián la augusta madre de nuestro monarca, pero las suficientes para apreciar en su justo valor las bellezas artísticas acumuladas en el palacio de Ayete, propiedad de la señora duquesa de Bailén, situado á dos kilómetros de la ciudad.

Efectivamente, al penetrar en el palacio no se sabe dónde dirigir la vista, por do quier deslumbrada ante tanta magnificencia. La biblioteca, la sala de billar, el salón de descanso, el parque, cuanto el lujo, el arte y el talento pueden acumular lo ha reunido allí juntado y armonizado de una manera esencialmente artística la amable duquesa. S. M. tributó cariñosas frases de elogio á la ilustre dueña del palacio, recorriendo y examinando con detención todas las habitaciones. Antes de almorzar y en ocasión de hallarse recorriendo el frondoso parque la reina madre se volvió llena de admiración hacia la noble dama diciéndole dulcemente:

—En esta deliciosa morada, querida duquesa, los pesares deben hacerse muy llevaderos. ¡Cuán veloces transcurren las horas!

A la una de aquella misma tarde, la goleta *Concordia* recibía á su bordo á S. M. acompañada de su alta servidumbre para conducirla á Lequetio, pero es probable que la regia viajera vuelva á San Sebastián, correspondiendo á la invitación que para las próximas fiestas le ha dirigido el ayuntamiento de dicha ciudad.

Hé aquí la lista de algunos importantes libros que tenemos á la vista, recientemente publicados.

El pícaro mundo, novela original del fecundo escritor D. Julio Nombela. La novela que nos ocupa es una narración agradabilísima y amena, como todas las que brotan de la bien cortada pluma de su autor y ha sido favorablemente recibida en los círculos literarios.

Preludios de una lira, así titula á su primer tomo de poesías el Sr. Portillo y Portillo, joven poeta que ensaya las fuerzas de su numen cantando con la indecisión que caracteriza á las producciones primerizas, las impresiones que agitan su sér. Es indudable que en este tomo de poesías se nota la falta de ideas fijas y arraigadas convicciones, pero en cambio debe hacerse cumplida justicia á lo correcto de la forma, al buen gusto y discreción con que son tratados los asuntos, por todo lo cual auguramos á su joven autor envidiables triunfos literarios en lo porvenir si persevera con fé en el camino emprendido.

Poemas y fantasías de Enrique Heine, traducidas en verso castellano por D. José Herrero y con un prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Tal es el título de la valiosa obra que la *Biblioteca clásica* acaba de publicar con notable acierto. Sesenta volúmenes forman ya dicha biblioteca, todos de reputadísimos autores antiguos y modernos, el que hoy se agrega á ellos, estamos seguros de que alcanzará favorable acogida. La traducción esmerada y fiel del Sr. Herrero merece los más cumplidos plácemes de los inteligentes.

Teorías modernas de la Física. Colección de artículos de don José de Echegaray publicados por la casa editorial de los Sres. Gaspar. Inútil es decir que con ostentación en las cubiertas el nombre del Sr. Echegaray se halla asegurado el éxito del libro. Bien lo merece por cierto, ya que su distinguido autor, aparte de cuanto se refiere al arte dramático, tiene admirablemente sentada su fama por los trabajos científicos á cuyo estudio ha consagrado una buena parte de su vida. Copiamos, para la mejor inteligencia de nuestros lectores, el índice de las materias que contiene este nuevo libro, todas ellas interesantes en grado sumo, puesto que compendian de una manera sencilla y clara los grandes trabajos llevados á cabo por las ciencias físicas, en nuestros días. *El método racional y el método empírico en las ciencias. Sobre la teoría moderna del calor; grandes unidades del mundo material. Sobre las teorías modernas de la luz: vibraciones del éter, suterferencias y transformaciones. Electricidad y magnetismo; resultados experimentales y teorías diversas. Resumen de las teorías modernas sobre el calor, la luz, la electricidad y el magnetismo. Aplicación de las teorías precedentes. Análisis espectral.*

Armonías entre la religión y la ciencia, por el doctor don José Pulido y Espinosa, capellán de honor y fiscal que ha sido del vicariato general castrense y Real Capilla. Esplana en su obra el doctor Pulido, de acuerdo con Santo Tomás, que la religión no puede crear conflictos á la ciencia, acudiendo para dar mayor fuerza á su idea á la autoridad de las Sagradas Escrituras, y á la de los hombres de ciencia de España y del extranjero.

La razón frente á la idea, obra de autor anónimo, impresa por los sucesores de Rivadeneyra. Consignanse en este libro los variados cuadros de la vida humana, considérase con detención el libre albedrío y se habla atentamente de filosofía. Ya hemos dicho que el libro no inserta el nombre del autor, pero con todo, los aficionados á descifrar enigmas han creído adivinar en el modo especial de presentar las cuestiones el estilo de una personalidad respetable y bastante conocida en las regiones científicas.

La distinguida escritora gallega doña Emilia Pardo Bazán, acaba de publicar en forma de libro y bajo el título de *La cuestión palpitante*, una serie de artículos referentes al naturalismo en la literatura, artículos que por separado vieron no há mucho la luz pública en las columnas de *La Epoca* llamando poderosamente la atención en el mundo literario.

Citamos aparte de la sección destinada al movimiento bibliográfico, el nuevo libro publicado por tan discreta como elegante escritora porque dedicándose LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER á poner de relieve las cualidades que resaltan en el sexo femenino, abrigamos la íntima convicción de que la Sra. Pardo Bazán es una de las escritoras que más honran á España en la presente época, y bien merece por cierto, no ya que le dediquemos un suelto en la presente revista, sino un estudio detenido de su personalidad literaria, si para ello tuviéramos los datos necesarios y el espacio que exige un trabajo de esta índole.

No siéndonos posible hacerlo así, recomendamos el nuevo libro á nuestros lectores, seguros de que lo leerán con gusto, y apreciarán en su debido valor los méritos que concurren en tan distinguida literata, á la cual enviamos nuestra más franca enhorabuena.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid 7 de Agosto de 1883.

TUS OJOS.

I.

Quando tus ojos me miran
Con su dulce languidez,
Tus bellos ojos me inspiran
Las delicias del Edem.
Españe en el alma
Su negra pupila,
La plácida calma
De noche tranquila.

El mágico ensueño de castos amores
El suave perfume que exhalan las flores,
La paz, la armonía
La dulce quietud....
¡Todo eso alma mía
Sentir me haces tú!

II.

Más cuando airados los veo
Rayos lanzar de furor
Leyendo en tus ojos... creo
En la cólera de Dios.
Sus dardos que matan
Con saña violenta
Las iras retratan
De ruda tormenta.
El rayo encendido, el viento que zumba,
Del trueno, el bramido que ronco retumba,
La horrible agonía
La muerte.... ¡ay de mí!
¡Oh! nunca alma mía
Me mires así!

L. BREMÓN.

LAS DOS ROSAS.

Un galán á su novia
pidió una cita
y la dió la doncella,
que era alegrita,
y era... en fin dióla,

y al jardín fué á la noche
quedito y sola.

No tuvo prisa el otro
que era... lo que era,
y en acudir la novia
fué la primera;
y con las flores
la impaciencia entretuvo
de sus amores.

Segar quiso imprudente
la mejor rosa
y la voz sofocando
gritó la hermosa:
fué que una espina
hirió de la doncella
la mano fina.

—¿Espinass por qué tienes
siendo tan bella?
dijo á la rosa el labio
de la doncella;
cuando la rosa
en voz muy más callada
dijo á la hermosa:

—Si no tuviera espinass,
siendo tan bella,
la mano me segara
de la doncella;
y ¡ay de la hermosa
reina de los jardines
ya mustia rosa!

—Vé, ingrata más que todas
las bellas flores,
que enamorada estaba
de tus primores,
y sin agravios
la noche á pasar ibas
entre mis labios.

—En no siendo tan puro
como aire lento
á las flores marchita
cualquier aliento.
¡Ay de la hermosa!
¡ay si espinass no tiene
como la rosa!....

En amor sin espinass
pasó la noche;
pero el día muy luego
trajo el reproche;
pues su sol puro
alumbró mustia rosa
y amor perjuero.

Entonces recordando
para mal de ella
el no aceptado aviso
de la flor bella,
Libia decía:
Oid, niñas, que flores
sois todavía:

«En no siendo tan puro
como aire lento
á las flores marchita
cualquier aliento.
¡Ay de la hermosa!
¡ay si espinass no tiene
como la rosa!»

CECILIO NAVARRO.

LA LOCA DE LAS TRES CRUCES.

(CONTINUACIÓN).

III.

Hace por lo ménos cuarenta y cinco años, yo aún no había nacido, que ocupaba una de esas masías un matrimonio anciano, cargado de hijos y de buenas acciones; pero á quien desde algún tiempo había dado en ponerle rostro acedo la fortuna.

Contaba el matrimonio entre sus hijos tres muchachas ya mujeres, dos zagalones menores que ellas y el primogénito, casado tiempo hacía y con una catterva de chiquitines.

Una mañana, tras ligero altercado entre el padre y la madre, en el cual el *hereu*,—así designaban al primogénito—estuvo de parte de la última, llamó el padre á las hijas y después de hablarles de la carestía y pocos recursos del país, donde unos años se ahogaban las cosechas en sobra de lluvias y otros no llegaban á sazón por falta de agua, concluyó diciéndoles que debían arrimar el hombro y buscarse casa en que servir, antes que con todos acabase la miseria que á largo andar se les venía encima.

Las muchachas, que por su belleza y donosura hubieran representado dignamente á las tres gracias, no replicaron y como todas eran á más de hermosas, buenas y robustas, de padres honrados y sin sombra de mancha en su linaje, pronto tuvieron colocación conveniente las dos mayores en un pueblo vecino, y la menor, que apenas contaba entonces 16 años, en casa de un rico propietario que vivía con su familia en una hermosa hacienda de estos contornos.

Rosa, así se llamaba la muchacha, era esbelta, de

mejillas como su nombre y de boca recogida, fresca y colorada como una cereza. Tenía magníficos cabellos rubios, y pupilas grandes y de tan puro azul que traían al pensamiento un cielo de primavera. Era, en fin, en extremo bonita, y más que bonita inteligente, simpática y de nobilísimos sentimientos; y por lo tanto, como vulgarmente se dice, los pies y manos de la señora; el ojito derecho del amo; el amor de muchos mozos de la casa y la envidia de las otras criadas sus compañeras, que no pudiendo igualarla en bondad y donosura, teníanla, aunque en secreto, mala voluntad.

Roseta salía poquísimo y siempre con los niños. Las tardes de los días festivos pasábalas para entretenerlos jugando, quieras que no, á la gallina ciega ó á quien busca candelas, en el huerto de la casa, que era grande y hermoso como un parque inglés.

Cuando veía fatigados á los chiquillos, llevábalos á algún *rassés* resguardado del viento, donde rodeada de ellos, como la gallina de su echadura, sentábalos sobre la hierba y los mantenía en reposo contandoles algún cuento de los aprendidos en su infancia, que en todas partes suelen ser los mismos.

Nunca faltaba alguno de los mozos, y á veces eran dos, los que por distinto camino y como por encanto se aparecían en la huerta, trayendo á los rapazuuelos ya la rama cargada de fruto, ya el nido de gorriones, ó la paloma torcaz de cuerpo azul y collar blanco. Los niños acariciaban al dádovoso, que se quedaba viéndoles jugar con Roseta, sin osar mezclarse en sus diversiones; pero espiando alguna mirada de la muchacha para podería decir con otra, todo el amor que por ella sentían.

No porque la joven viviese tan alejada de cuanto fuera de la hacienda existía, olvidaba á sus padres; los días primeros de cada mes iba á visitarlos y á llevarles íntegro el salario caído. El anciano guardábase á excepción de una pequeña parte que entregaba á la muchacha diciéndole:—¡Cuidado *noya*, cuidado con malgastarlo!

Roseta le besaba la mano y por toda respuesta sonreía. Sonreíase, porque como la soldada era corta y se la mermaban notablemente las necesidades paternales, hubiera ido como nuestra primera madre sin la generosidad de la señora, cuyos desechos recibía con gratitud, arreglándoselos al punto con notable acierto. El padre que la veía siempre con buen calzado, finos jubones y hermosísimas sayas, guardábase cada vez algo más, hasta concluir con quedárselo todo. El día que vió Roseta que nada la volvían de la soldada, dijo con cariñosa espontaneidad:

—Bien, padre, bien; al fin concluís por donde debíais haber empezado, más quisiera yo tener para traerlo.

El padre no contestó, bendijola como siempre, mientras la madre, que había comenzado á perder las fuerzas físicas, conservando apenas las intelectuales, tendíale los brazos desde el sillón donde la tenía encadenada la parálisis de sus piernas.

Para los chiquillos era una felicidad la visita de la Roseta. Apenas la divisaban salíanle al encuentro; los pequeñuelos asíansele á las rodillas, otros más crecidos le saltaban al cuello, mientras los mayores le saqueaban las faldriqueras, llenas para ellos de golosinas algo pasadas y de juguetes rotos.

Así transcurrieron algunos años. Las dos hermanas mayores se casaron; pero Roseta con la excusa de no tener vocación al matrimonio, desdenó infinidad de pretendientes.

—Qué rareza de muchacha.—decía una noche el amo á su esposa,—no querer al Quim del molino, que es un hombre de bien, de alguna hacienda y que la tendría en su casa hasta con criada que la sirviese.

La mujer, que era una joven alta, robusta, guapezona, con más malicia que cuerpo y más egoísmo que malicia, solía responder:

—¿Y por qué ha de casarse con el Quim si no le tiene voluntad? Ya se casará cuando menos percatemos, que hay muchos que la rondan. ¡Ya verás tú como nos dice adiós en el momento que encuentre su media naranja: y á fé que lo sentiré, que *mainaderas* como ella, pocas!

—Por lo mismo que es buena no debemos quitarle la suerte.

—¿Y qué suerte la quito yo? Callo y la dejo estar que ni canas peina ni tiempo pierde. Además, si el Quim vale, más vale ella, y el adagio dice: «Una *noya* es pera un rey.»

Y en verdad que si Roseta afirmaba ser en su estado de soltera completamente dichosa, falta hasta de caridad parecía quitarle el bien presente por otro, que aunque bueno, no dejaba de sonreírle en lontananza, y sabido es que las más bellas (como todo cuanto de lejos se admira) sujetas están á notables cambios.

—Y sobre todo, añadía la señora, ¿qué trae después de la bendición el santo Sacramento para la mujer buena y guardadora de sus deberes? ¿Qué le trae sinó penalidades y dolores, que no podría sobrellevar la triste sin el amor, ese hermoso Cirineo de la cruz del matrimonio?

El marido callaba, porque comprendía que sin ser su mujer un pozo de ciencia, en eso, como en otras cosas, no carecía de razón.

¿Pero qué hay estable en la vida del hombre? Si la contrariedad y el infortunio se cansan á veces de atormentarlo, ¿le será consecuente la fortuna, tan versátil como la veleta de la torre que el viento impulsa ya á uno ya á otro lado?

Una tarde que Roseta estaba con los niños en el cuarto de su señora, vinieron á decirle que á toda prisa la llamaban de su casa.

—¿De mi casa! ¿qué habrá acontecido? exclamó la joven palideciendo.

—¿Quién ha traído el recado? preguntó la señora á la criada que daba la noticia.

—El *menut del hereu*.

—Dile que entre.

Cinco minutos después un chiquillo tan pequeño como no representaba cuatro años, por más que contara seis, entró en la estancia. Cubriale la cabeza una *barretina* de color dudoso y tan grande que se le colaba hasta las orejas, y el cuerpo, que no debía pesar tres adarmes, una camisa de lienzo basto y un pantalón de pana oscura subido hasta los brazos y sujeto por cima del hombro con un tirante de orillo. Los pies completamente descalzos y en extremo diminutos, distinguíanse apenas bajo el arrollado lío que sobre ellos formaba con sus dobleces el pantalón, harto crecido, como la *barretina*, para su exigua persona.

—Acércate *Menut*.—dijo con ligereza la señora,—y sepamos lo que pasa en la Masía.

—Que *el abi* se acaba de morir,—respondió el rapazuelo prorumpiendo en llanto.

—¡Jesus!—exclamó Roseta desplomándose sobre el asiento que acababa de dejar.

La señora, que comprendió su imprudencia, apresurose á responder:

—Vamos, bebe un poco de vino y tranquilízate, que no será tanto. Haz que meriende esa criatura, llévate algo que en casos como ese nada sobra... Vé volando y vuelve luego.

Blanca y fría como el mármol, salió maquinalmente Roseta de la estancia, seguida del sobrinillo, quien con una mano se le había cogido á las faldas y con la otra se enjugaba los ojos.

Cuando ambos divisaron la casa paterna comenzaba á oscurecer. En la puerta estaba un hombre alto, delgado y derecho como una lanza: era el *hereu*. Su cara larga, morena y habitualmente seria, expresaba en aquel momento profundo pesar. Sin embargo, el *hereu* vestía como en los días festivos el pantalón nuevo de pana verde, la corta chaqueta de lo mismo y el escaso chaleco de brillantes colores. Su larga gorra de paño rojo tenía puesta y doblada sobre la frente, resguardando con ella de la menuda lluvia que á caer comenzaba y el viento le traía, el enjuto y completamente afeitado semblante.

—¿Qué tiene padre?—preguntó Roseta al llegar junto á su hermano.

—La última; y á tiempo llegas para verle vivo:—replicó el hombre enjugándose una lágrima.

Roseta ni vió ni oyó más; como saeta disparada voló á la estancia del enfermo, y apartando á cuantos le rodeaban cayó de hinojos ante él.

Estaba el anciano medio incorporado en el lecho, sostenido contra la cabecera por algunas almohadas, teniendo al uno y otro lado las dos hijas mayores, quienes semejaban por su inmovilidad y expresión dolorida hermosas estatuas de la resignación y la tristeza.

Los otros hijos rodeaban el lecho, y al fin de la estancia distinguíanse apenas, pues allí no llegaban en aquel momento sinó sombras, el sillón con la parálisis y la cuna con una criaturita de pocos meses.

Los pequeñuelos que habían visto á su madre triste y lagrimosa alzar frente al lecho del *abi* un altar, para cuyo adorno trajera varios objetos de su casa una vecina, acosaron á ésta con preguntas. La forastera respondióles que el *abi* estaba muy malo y que iba á recibir á Dios; por lo cual debían ellos lavarse cara y manos y estar luego junto á la abuela callados y quietos como en misa.

Los chiquillos corrieron al corral, fregoteáronse de lo lindo en la pila donde abrevaban las mulas, y con los cabellos pegados por el agua á las sienas, y las caras limpias y brillantes como plata bruñida, y frescas y coloradas como rosas de mayo, formaron corro ante el sillón de la que dos veces les era madre, refiriéndole muy quedo las palabras de la vecina.

La anciana sin comprenderles, escuchábales sonriendo, al par que mecía la cuna del pequeñito.

Pasada la primera explosión de dolor que produjo la entrada de Roseta, reinó en la estancia profundo silencio, oyéndose sólo la recia y fatigosa respiración del enfermo, aletargado al parecer. De repente se agitó éste, atrajo hacia arriba y arrolló con movimiento convulsivo, las ropas del lecho, abrió los ojos y tendiendo sobre los que le rodeaban una mirada donde parecía haberse concentrado toda su inteligencia y vida, díjoles con voz lenta:

—Hijos, llegó mi hora. No lloréis, que sentencia es la muerte de la que ni el mismo Dios quiso librarse. El me llama y tranquilo voy, porque espero en su misericordia y sé, que al dejarme en la sepultura, no volveréis huérfanos á esta casa. Vosotras,—y se dirigió á las dos mayores,—como casadas, tenéis tronco en que apoyaros, no así Roseta, quien como *fadrina* é inexperta, necesita consejo y guía. Oyeme bien, *noya*, cuando yo haya muerto ocupe mi lugar tu hermano Pau; á él obedecerás como á un padre, que si tal no hicieras me levantaría, á permitirlo Dios, para demandártelo de la sepultura... Y vosotros también, que si varones nacisteis, no sois aún bastante crecidos para poder como hombres manejarlos... Todos sabéis que un padre representa á Dios en la tierra y que como á Dios se le debe amor, obediencia y respeto. Hé ahí vuestro hermano mayor; querédle como me habéis querido y como á mí respetadle y obedecedle todos que eso y mucho más merece por sus virtudes.

—¡Padre, por Dios!—exclamó el *hereu*.

El anciano continuó:

—Réstame ahora recomendaros vuestra madre, cuyo corazón no tuvo nunca hiel, ni engaño para ninguno; cuyos pies se niegan á sostenerla y cuya razón ha querido llevarse Dios, dejándole para más pena el alma.

Y el anciano, rendido por la emoción, cayó presa de un síncope. Juzgándole muerto prorumpieron todos en llanto y los chiquillos por espíritu de imitación en dolorosos gritos. Sólo la anciana per-

maneció impasible, mecendo la cuna y sonriendo cuando todos lloraban.

En medio de la general confusión, oyó la vecina como más desinteresada y serena en el duelo, el sonido de una campanilla. Al noticiarlo en voz alta, acallóse repentinamente el tumulto y como al mismo tiempo volviera en sí el anciano, enjugáronse las lágrimas, serenáronse los semblantes y renació en los corazones la esperanza, que mucho cuesta desprendernos de la que nos es querida.

Al punto iluminóse todo, pusiéronse los hombres sus gambetos, descubrieron sus cabezas, y con faroles encendidos salieron al campo á recibir y acompañar como debían á la majestad divina. Las mujeres arreglaron las ropas del lecho, dieron la última mano al altar, tocáronse las capuchas y tomaron sus candelas, mientras los chiquillos con esa versatilidad tan propia de la infancia, cuchicheaban entre sí al encender unas en otras las cerillas que les presentaba la vecina, quien á su vez las colocaba á ambos lados del altar, donde quedaron inmóviles y mudos como los ángeles custodios de un santuario.

Al metálico acento de la campanilla siguióse el confuso rumor de las oraciones y el resonar de pasos acompasados y sigilosos.

Dios entraba ya en la morada del pobre, del humilde, con el mismo inmenso amor que en el alcazar de los potentados. Al sacrificarse por la raza humana no había levantado sobre las terrenales grandezas más gerarquía que la de la virtud. ¡Dios descendía hasta el cristiano moribundo, é iba á penetrar en su pecho, fortaleciendo y santificando su alma para la nueva existencia que tras la tumba le aparecía.

Al divisar al sacerdote dobláronse las rodillas, humilláronse las frentes y concentráronse los espíritus. ¡Dios, el Unigénito, el Increado, el Juez y Padre universal acercóse al fin por el más inefable de los misterios, con la más sublime é imperecedera esperanza al lecho del moribundo. Este se incorporó por sí solo, sus mejillas se colorearon y su frente pareció iluminada con una luz interna; hubiérase dicho que era el resplandor divino de una hermosa eternidad donde la vida no tiene dolores, el sol manchas, ni imperio la muerte.

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

(Se continuará.)

MISCELÁNEA.

Un nuevo caso que prueba el poderío de la hermosura, acaba de ocurrir en uno de los tribunales de Londres. La señorita E. Bullock, joven de singular belleza, presentó demanda de indemnización contra una compañía de ferrocarriles, por daño sufrido al bajarse del coche, á causa de haber parado el tren en un lugar donde no había plataforma. El tribunal falló que le abonasen cinco mil duros. Apeló la compañía alegando que era demasiado fuerte la suma, y para defenderse tuvo la señorita Bullock que presentar sus testigos ante el jurado. Entre estos había nada menos que siete hermanas suyas, hermosas como siete luceros del alba; siendo lo particular, que fueron saliendo por orden de belleza, y reservándose para última el trueno gordo, ó sea la más hermosa de todas, por cierto, la menor, como sucede en los cuentos de la infancia.

Cuando se presentó la primera, los doce jurados no quitaban ojo de su rostro, bendiciendo á Dios y á la madre que la había traído al mundo. Apareció la segunda, y ante su belleza quedó borrado el recuerdo de la primera. La siguiente les hizo desencajar los ojos de sus órbitas y mirarse unos á otros asombrados. La cuarta testigo les anudó la lengua en la garganta, haciéndoles mudar de color. A vista de la hermosura de la quinta, comenzaron á moverse involuntariamente en sus asientos y á alargar los cuellos todo lo que daban de sí. Vino la sexta y creció la agitación, para evitar la cual, el juez presidente no hacía más que llamarles la atención con su pañuelo. Finalmente apareció el prodigio, el remate de aquel racimo de huríes de cabellos rubios y ojos de turquesas, y los pobres jurados parecían atacados del baile de San Vito. Es tal la hermosura de esta última testigo, que conociendo el juez los daños que podían resultar de su contemplación, cortó por lo sano, falló en favor de la demandante, y dijo en público, que obraba de ese modo, porque veía que el jurado había perdido la cabeza y no estaba para oír, ni entender, ni pensar en más que en aquel rostro de cielo, y que si como pedía cinco mil duros, hubiera pedido cinco millones, estaba divertida la compañía, porque habría ganado el pleito de igual modo.

Aviso á los litigantes de por acá.

BIBLIOGRAFÍA.

EL CÓLERA Y SU TRATAMIENTO

por el Dr. G. Sentiñón.

Este folleto, además de su oportunidad momentánea, tiene grandísimo interés permanente mientras haya el peligro de epidemias exóticas como de cólera, fiebre amarilla y peste, y la plaga real y presente de las epidemias de la viruela, sarampión etc., puesto que el autor indica el medio infalible, según él, de acabar con todas las epidemias de enfermedades contagiosas.

Recomendamos pues el folleto á las madres de familia especialmente interesadas en que no haya más epidemias de viruela, sarampión, tífus, etc, y en general á todas las personas que tengan miedo al cólera; la lectura de los *aforismos colerológicos* del autor las tranquilizará seguramente para siempre. Elegante y impreso en la Imprenta Barcelonesa, el folleto se vende

al precio de 1 peseta en la librería de Verdaguier, Rambla del Centro, 5.

¡MIZIFUZ!

Hace tiempo que el gato salió de las carboneras y la cocina en los pueblos civilizados, para ocupar mejor puesto y animar con su presencia todos los actos de la vida. En París, por ejemplo, apenas hay tienda elegante, café, restaurador, ni oficina de negocios donde no se vea al Señor Marramaquiz, gato maduro, ó á Mizifuz, que le baila el cuerpo por correr tras de un ovillo ó cualquier cuerpo rodante, recibiendo con magestad ó remilgos las caricias de parroquianos y concurrentes. La domesticidad de estos animalitos crece de tal modo, que hasta salen á las puertas de los establecimientos, para que le pasen la mano por el lomo los transeuntes.

¡Qué diferencia del gato encantado, legañoso, asustadizo, agresivo, de movimiento cauteloso, traidor y verdaderamente felino, que huye de las personas como sus mortales enemigos, que apenas conoce al amo que le ampara bajo su techo, y contesta á la caricia de un niño echándole la zarpa encima!

De modo que puede decirse, que por el hilo de un gato se saca el ovillo de la cultura de un pueblo. Con razón se celebran exposiciones públicas en el extranjero, en honor de los zapirones y zapaquildas, que metidos en sus jaulas, aspiran á premios ó menciones honoríficas, en fuerza de gracia y gentileza de cuerpo. Quién no ha visto una colección numerosa de gatos bien cebados por cariñosas solteronas, no puede figurarse hasta donde llega el tamaño, la belleza, y rotundidad de esta esponjada familia, que empezó su regeneración en los tranquilos claustros de los conventos de monjas.

El que estas líneas escribe ha visto un primer premio de «Salón de gatos vivos», y puede asegurar á sus lectoras, que era pieza para ponerla en un fanal, y no quitar los ojos de la plácida y serena mirada de los suyos, sin contar con unos bigotes largos, brillantes y sedosos como si se hubiese puesto cosmético de Mallet, un morrillo de medio toro, y un rabo por terminación de fiesta, que bien podía llevar colgando la antifona poética de *Finis coronat opus*; que en castellano de Toledo y Valladolid quiere decir: miel sobre hojuelas.

El Mizifuz de nuestro grabado pertenece á las altas capas gatunas refinadas, ó sean gatos de gabinete ó estrado, blancos cual armiño, limpios como mano de barbero, alimentados con pudincs y rellenos,

leche suiza y bombones, por cuyos labios no ha pasado el vil revoltillo ni el ratón inmundo. Bien merece que una joven de trapio y vigoterías cual nos pinta el artista, le suelte el ovillo, aunque no sea más que para sacar su imaginación del laberinto donde debe haberla metido, porque si bien su cuerpo está cerca de Mizifuz, su pensamiento anda muy lejos como puede verse por la expresión del rostro.

Hasta para estos casos es conveniente la compañía

hora cuando no se conocían los relojes. Claro es que el progreso material y el de la higiene concluirá con la ratería casera, como la cultura y la población ha concluido con el lobo y el javalí. ¿Qué sería entonces de esta tratable rama de la raza felina?

Es probable que el gato en lo moral ha tenido la virtud de las plantas cónicas en lo físico, y así como estas, sembradas junto á los cementerios, recojen los efluvios y miasmas pútridos, los gatos, entre la

familia humana, han servido para chupar y absorber los efluvios del mal humor, y los pensamientos dañinos de los amos, así como para cargar con las roturas, descuidos, desavíos y travesuras de criados y niños díscolos. No es concebible una buena cocinera ni ama de gobierno, sin un buen paparratas á su lado, para desahogarse con él en sus horas de decaimiento. Los solterones experimentados, procuran siempre que haya en la vivienda un gatazo romano, convencidos de que son media vida para las jamonas ó dueñas que les cuidan, y que la mayor parte del mal humor se les va en diálogos con *Mizeta*, ahorrándose mil pecados de murmuración del prójimo.

¿Y es flojo el servicio que prestan en los conventos á las buenas madres? La vida mongil es tan monótona y escasa de impresiones, que las vírgenes del Señor llegarían á la parálisis mental, sin el despertador cosquilloso de este trinchasardinas. Ni siquiera sería posible justificar sus confesiones, por falta absoluta de pecados. El gato les da un punto de profanidad para que no se empalaguen de perfección mística. Imaginaos á la comunidad volviendo del coro, á tiempo en que Mizifuz hace rodar una cacerola en la cocina. Espanto general: ¡Ay, mal haya sea el gato!—¡El diablo te lleve! ¡Maldito Mizifuz! son las exclamaciones que se escapan de aquellos inocentes labios y que al otro día se purgan en el tribunal de la penitencia, con sendos Ave Marías ó asperxiones de agua bendita.

Es cosa particular, que apenas sale una moda, ó un objeto nuevo más allá de nuestras fronteras, siempre hay quien se encargue de introducirlo en nuestra patria. ¿Por qué no empezamos á introducir exhibiciones de perros y gatos,

que al fin son nuestros compañeros del hogar y merecen alguna distinción? ¿No sienta bien á León ó Zapirón una medallita en el collar, en vez de cascabeles ó campanillas? En definitiva, quienes ganan son los dueños, porque las razas se afinan y la perfección de las formas alegra la vista.

N. D. DE B.



¡MIZIFUZ!, dibujo de R. Brendanourxa.

de un gato expansivo y juguetero. ¿Quién sabe las resoluciones bruscas é indiscretas que ahorra un instante de juego con un animalito que siempre está á la mano?

Las supersticiones y creencias vulgares tienen en su fondo un principio razonable, y las referentes á la familia gatuna siguen la misma orden. Es muy posible que la existencia del gato reconozca un destino más alto que el de cazar ratones, ó que este servicio sea pasajero, como el del gallo el avisar la

REVISTA DE MODAS

Y SALONES

Suplemento al núm. 6 de «La Ilustración de la Mujer»

REVISTA DE MODAS.

Constantes en nuestro deseo de complacer á las bellas lectoras de LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER y aspirando siempre poder ofrecerles en cada revista noticias exactas de los modelos más en boga y que alcancen mayor aceptación en los distinguidos círculos donde la moda ejerce soberano imperio, hemos examinado detenidamente há pocos días los equipajes que, para la indispensable excursión veraniega, tenían dispuestos dos elegantes damas madrileñas, hallando en ambos, modelos de irreprochable distinción, entre ellos un *traje de campo* lindísimo confeccionado con batista color crema. La falda ostentaba plegados en su terminación, la sobrefalda que era de *velo* y también plegada, hallábase adornada con ancha y hermosa tira de terciopelo granate oscuro, por delante formaba delantal y por detrás un pequeño *pouf*. En cuanto al cuerpo, era de peto y adornado con tiras de encaje y terciopelo granate oscuro, también alternadas, gran cuello vuelto y manga semi-larga. Precioso sombrero de paja blanca con amapolas y rizados de encaje completaba tan lindo modelo.

También se hacía notar por su elegancia un vestido de seda color mahón, de falda redonda, adornada con dos volantes plegados y un bullón, cuya segunda falda á manera de delantal por delante con dos hileras de plegados pequeños, y por detrás llevando adicionado el indispensable *pouf*, producía delicioso efecto. Llevaba cuerpo escotado, con largo peto abierto sobre elegante chaleco, mangas de codo adornadas con bullones y correspondía á este modelo sencillo y de buen gusto un sombrero de paja con cucarda de terciopelo del color del vestido.

Esto, amadas lectoras mías, en cuanto se refiere al primer equipaje: en el segundo, no menos elegante y variado, figuraba una linda capota de paja de Florencia adornada con ricas plumas. Tenía alzada el ala izquierda ancha de unos 11 centímetros y cubierta por raso blanco fruncido; el borde del ala era de felpa y por detrás llevaba adicionados dos elegantes caídos de cinta. Formaba parte también del segundo equipaje, una bata de cachemir, con esclavina, adornada de volantes y entredoses bordados. La esclavina, bastante larga ciertamente, llevaba por todo al rededor un volante, los hombros se hallaban fruncidos y figuraba en la parte delantera un gran lazo de raso. Esta bata cómoda y sencilla si se quiere, como deben ser lo siempre esta clase de prendas de vestir, agenas por completo á toda pretensión, se

ajustaba á la cintura por medio de un grueso cordón de seda.

No nos cansaremos de repetirlo; hoy en los dominios de la moda, mejor aconsejada que otras veces, reina en absoluto casi, la más encantadora sencillez, encargándose de hacer notables los vestidos, no la riqueza de las telas sinó el buen gusto del corte y la acertada elección de los adornos.

como complemento de todo traje elegante, y los segundos para adoptarlos durante los viajes y paseos matinales en razón de cubrir casi por entero el vestido y preservarle como es consiguiente del polvo.

Los sombreros que gozan de más aceptación son los de paja negra y de colores, llevándose también algunos de seda, y aún de castor. Los de paja de colores oscuros con anchas alas, adornados con flores silvestres, convienen principalmente para trajes de campo, y los de seda adornados con rizados de la misma tela y encaje, se hallan indicados para trajes de paseo.

¡Los niños! Para esos hermosos ángeles del hogar, lazo de flores del matrimonio, en los cuales cifran las madres su más legítimo y santo orgullo, citaremos antes de terminar esta revista dos modelos, uno para traje y otro para sombrero.

El primero de los dos se halla indicado para niña de seis años y consiste en un lindo traje de tela escocesa. La falda, muy corta, como es consiguiente, y tableada por completo, no ostenta adorno alguno; el *paletot* es largo, lo suficiente para dejar ver del vestido sólo unos diez centímetros y hállase guarnecido, así las mangas como el cuello y carteras por bieses de terciopelo negro. Zapato bajo con lazo, media de color, y sombrero marinero con gran pluma le completan.

Entre la mucha variedad de sombreros que ofrece la moda para los niños, hemos visto uno para niña de trece años elegantísimo sobre toda ponderación. Es de paja blanca con ancha ala por delante, forrada de raso fruncido color azul marino, y levantada por detrás, á fin de dejar descubierta el cabello: una pluma adorna el ala, sujeta por un lazo azul marino formado con ancha cinta de seda, y encaje rizado cubre por completo el interior del sombrero.

Al apuntar en nuestras revistas algunos modelos de los muchos que nos proporciona la moda, lo hacemos con el único objeto de ayudar á nuestras bellas lectoras en la elección de formas, nunca en la de colores, pues harto se alcanza que atendida la inmensa variedad de tipos que ofrece la belleza, es punto ménos que imposible precisar los colores que deben adoptarse. El espejo mejor y con más elocuencia de lo que lo hiciéramos nosotros, es quien debe aconsejar los colores que á cada una convienen: recomendamos pues á nuestras damas se atengan por completo á la opinión de este fiel amigo de la mujer, tantas veces consultado con fruto, y así estarán seguras de que los trajes por ellas elegidos, cuando ménos en lo que á los colores se refiere, no alterarán, antes bien favorecerán por su acertada elección,



1 y 2.—Trajes de verano para visitas.

Se emplean mucho y con éxito las lanillas, las cretonas, el *foulard*, el *velo* religiosa y las sedas brochadas; para adornos es casi general el uso del terciopelo á tiras, sin excluir por eso el guipure de Venecia, las imitaciones y el encaje crudo.

Manteletas cortas y grandes *paletots*, son los abrigos que convienen en la presente estación; las primeras

se emplean mucho y con éxito las lanillas, las cretonas, el *foulard*, el *velo* religiosa y las sedas brochadas; para adornos es casi general el uso del terciopelo á tiras, sin excluir por eso el guipure de Venecia, las imitaciones y el encaje crudo.

el mayor lucimiento de la belleza y buen gusto femenino.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO. Madrid, 7 de Agosto 1883.

FIGURÍN ILUMINADO.

Trajes de casino.—1.º Falda de grano de seda verde musgo con valayuse plegada de raso del mismo color. Sobre esta falda lisa cae una túnica brochada verde musgo, guarnecida de un ancho volante de encaje blanco; una cinta grano de seda un poco más oscura que el vestido atraviesa la túnica por delante y la levanta por el costado por medio de una gran hebilla dorada. Cuerpo coraza de grano de seda verde, abriéndose por delante en 2 pequeñas puntas, bien levantado por las caderas y muy largo por detrás. Un vies de grandes pliegues también de tela brochada sigue la línea del cuerpo sobre las caderas. Encaje blanco al rededor del cuello, bajando en conchas hasta la punta del cuerpo. Mangas cortas y huecas de encaje blanco con abrazaderas de grano de seda verde musgo. Capota de gasa blanca guarnecida de flores amarillas.

2.º Falda adornada de 3 pequeños plegados, el primero granate, el segundo rosa pálido, y el tercero granate. Esta falda va cubierta de anchos volantes de encaje blanco. Túnica de seda rosa pálido, levantada en el costado derecho por un puf de raso granate del que parten cintas de raso granate que bajan hasta el segundo volante de encaje para venir á sujetarse en lazos flotantes al principio del primer volante. Cuerpo muy largo de talla abierto cuadrado sobre un chaleco de volantes de encaje. Mangas formadas de pequeños volantes de encaje blanco. Cinturón; lazos en los hombros y collar de raso granate; guantes de cabritilla; rosas pálidas en el cabello.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

1.—Traje de visita, falda redonda á grandes pliegues de tafetán glacé color rosa con valayeurs de raso crema y encima un plegado con cabeza de tafetán glacé color rosa; polonesa abierta en punta fruncida en la espalda y en el talle. Drapé al costado por 3 grandes pliegues y levantada por detrás en forma de abanico. Un encaje crema bordado en seda rosa, se pone al rededor de la polonesa. Mangas medio largas bastante abultadas en los hombros, guarnecidas de un vies de encaje lo mismo que en el cuello. Capotón fruncido forrado de seda crema, adornado de 2 vies de encaje bordado de rosa. Delante lleva un ramo de manzanas de apio. Sombrilla pompadour guarnecida de encaje bordado y forrada de rosa pálido. Guantes de Suecia por encima de las mangas.

2.—Otro traje de vestir.—Falda redonda con valayeurs de raso crudo; encima un volante de fular azul claro plegado, con 3 pliegues separados uno de otro por 15 centímetros de espacio. El bajo de la falda se levanta en pabellones: el delantal de encaje se levanta por los costados formando 4 pliegues que forman punta adelante. Levita de grano de seda color granate claro. El cuerpo abierto en forma de corazón sobre rico chaleco de encaje. Collar de terciopelo y encaje, sujeto por una hebilla de perlas. La espalda de la levita está abierta por detrás en forma de frac dejando salida á un voluminoso puf de encaje artísticamente colocado; mangas medio largas también de encaje; ramo de rosas thé al lado izquierdo; sombrero de paja inglesa levantado por los costados guarnecido de terciopelo thé oscuro y de un pichón blanco.



5.—Traje «pequeño Trianón.»

3.—Cuerpo de soirée de verano.—Este elegantísimo cuerpo, se hace de raso verde esmeralda; fichu plastrón Luis XIII, de gasa bordada, redondo por detrás y terminando por delante en la punta del cuerpo; mangas medio largas adornadas de un volante de gasa bordado, plegado á lo Luis XIII. Gola de gasa lisa al cuello y plegada con una cinta de terciopelo esmeralda adornada de una hebilla de conchas del Rhin. Nido de flores al lado izquierdo del pecho con pájaro del paraíso y conchas del Rhin. Ramo del mismo género adorna los cabellos. Guantes largos, abanico Luis XIII y brazaletes de fantasía.

4.—Traje con tiras bordadas.—Falda de batista cruda bordada, puesta sobre una falda de tafetán glacé color pivoine. La túnica de velo chino forma punta y se levanta mucho sobre la cadera, derecha, poniéndose drapé en forma de chal redondo al lado izquierdo. La espalda de la túnica muy abultada, se levanta muy alta sobre la punta del cuerpo y va plegada sobre la falda de modo que forme 2 puntas



6.—Traje de blusa para niña de 11 á 12 años.

cortas atrás. Un echarpe surah granate rodea el cuerpo y se termina con un lazo de cinta de raso de dos colores: pivoine y granate. Una banda de bordado en linó crudo sobre fondo granate rodea la túnica y figura una segunda túnica. El cuerpo es de punta y de velo pivoine con plastrón bordado igual á la túnica. Camail y adorno de mangas de linó crudo bordado fondo granate. Cuello muy alto sujeto por una flecha de fantasía. Sombrero de paja inglesa adornado de terciopelo granate; rodea la copa un echarpe surah pivoine oscuro. Adorno de cacaúna granate y oro viejo. Sombrilla cruda forrada de surah granate.

5.—Traje «pequeño Trianón.»— Los cuatro volantes de anchos pliegues que guarnecen este vestido se hacen de 20 centímetros de altos: el primero va medio cubierto de un ancho encaje fruncido y los dos que siguen se terminan á los lados de la falda. La túnica sultana se corta de 70 centímetros de alto por delante y forma todo al rededor un puf muy elegante. Por detrás la draperie tiene 105 centime-



12.—Traje con pardesú túnica.

tros de larga y toda ella se hace muy hueca. Cuerpo de pico guarnecido de encaje y de terciopelo: en el pecho, camiseta plegada de muselina de la India, mangas semi-cortas adornadas de encaje y terciopelo.

6.—Traje de blusa para niña de 11 á 12 años. Este modelo es muy sencillo y sienta muy bien para una jovencita. Se hace de satinete azul, adornado de volantes bordados y fruncidos. La blusa va sujeta al talle, y á la misma se sujeta la falda. Un cinturón con gran lazo igual á la falda completa el adorno: la blusa se abrocha por detrás.

Cuello bordado y fruncido.

7.—Traje compuesto de falda de satinete verde musgo plegada. La túnica de velo Indio estampado y lijeramente fruncido por delante para permitir á la túnica caer en punta por delante sin ahuecarse mucho. Los costados muy levantados y plegados á grandes tubos de órgano, sobre la cadera. De este modo el drapeado se esconde bajo los tubos. Esta túnica, cortada de una sola pieza, es muy airosa. Una parte de la anchura del costado se levanta formando un pequeño puf plegado por atrás que forma grandes bullones. El cuerpo en punta y de satinete verde musgo. La manga que va abierta desde el hombro al codo deja ver un fondo de surah color oro bajo y sujeta por



23.—Cuerpo de soirée.

enmedio por un lazo de raso verde oscuro. Gola bordada con plastrón bullonado sujeto al talle por lazo de raso. Guantes largos de Sajonia.

8.—Falda redonda de anchos pliegues de cachemira muy lijera color melocotón. Sobre-falda de velo azul puesta en bufante guarnece el alto de la falda plegada, sujeta á la cintura, formando puf por atrás. Cuerpo de talla redondo plegado en el pecho y formando camiseta floja. La manga estrecha y guarnecida de 3 vieses de velo azul oscuro. Cinturón de raso lapiz-lázuli con grandes caídos. Sombrilla azul forrada del mismo color.

9.—Traje de ciudad.—Falda de seda rosa, cubierta de volantes de encaje blanco. Polonesa Margarita, brochada, abierta por el costado de modo que deje ver los volantes de encaje blanco. Una echarpe de surah rosa se pone plegada y alta en la cadera derecha, viniendo á caer al lado izquierdo con un lazo de raso color rosa oscuro. Un paño de surah color rosa cortado en vies, forma una especie de puf redondo detrás. La manga lijeramente abierta por el costado deja ver un plegado de seda rosa. Peregrina corta y charreteras, y adornos de boca-manga de encaje blanco.

10 y 11.—Traje de jovencita; espalda y delantalero.—Estos lindos al par que sencillos trajes se hacen de satinete ó de velo azul marino. La falda á pliegues anchos, va guarnecida de un ancho galón color oro viejo. Un echarpe de raso azul marino adorna la parte superior de la falda por delante. Polonesa abierta sobre un chaleco de raso azul marino guarnecido de un galón oro viejo, y levantada por los costados. Por atrás muy levantada y formando cocas huecas. Mangas de codo con guarniciones de galón oro viejo. Camail Czarina con charreteras, y cuello militar con galón oro viejo. Lazo en el hombro de raso azul marino. Sombrero de paja de igual color con guarniciones de raso idem. Ramo de alberchigos y botones de oro.

12.—Traje con pardesú túnica.—Este traje se puede hacer lo mismo de seda que de raso de América y se guarnece de bandas y vieses de terciopelo. La falda va plegada de alto á abajo con anchos pliegues aplastados. El cuerpo polonesa se abrocha por un lado del pecho. La draperie se levanta por un lado con un lazo flotante de terciopelo estrecho. El puf va plegado, sobre un ancho polsón, guarnecido de ter-



14.—Traje de paseo.



4.—Traje con tiras bordadas.



7 al 11.—Trajes de playa y de campo.

ciopelo y cayendo por detrás debajo del cuerpo. La peregrina va rodeada de un ancho vies de terciopelo, y la manga reproduce el mismo adorno.

13.—Cuerpo de soirée.—Se hace de granadina cruda sobre raso color rosa, abierto en forma de corazón. Una guirnalda de rosas, donde alternen 3 tonos distintos, rodea el cuello y viene á formar plastrón hasta la punta del cuerpo. Mangas cortas por encima del codo con un volante de encaje antiguo y una guirnalda de rosas. Guantes largos. Collar de perlas. Ramos de rosas en la cabeza.



15.—Capota de encaje.

escarapela de cinta de faya color rosa. La manga medio-larga ajustada, entrando en el largo guante de Suecia, amarillo rosado. Gola Enrique II. Lazo en el pecho de terciopelo violeta con pequeñas rosas. Sombrero de paja, guarnecido de terciopelo violeta oscuro: el lado derecho ligeramente levantado, se esconde bajo un grupo de plumas rosadas con *esprit* color malva.

15.—Capota de encaje.—Se emplea para esta clase de sombreros un *fichú* triangular de encaje de Chantilly ó de blonda española. Se coloca sobre una forma cubierta de seda y de un tul bullonado que llena la parte de arriba de la copa. Un rico alfiler de fantasía recoge por detrás los pliegues del encaje, y un gran ramo de hojas de diversos tonos de rosa, verde y marrón adornan el costado de ese modelo.

16.—Vestido Jersey con echarpe para niña.—La banda bordada que guarnece este vestido que puede hacerse de velo ó satinete color granate, tiene 17 centímetros de ancho. El mismo bordado guarnece el cuello y las mangas. La echarpe se hace de cachemira de 24 centímetros de ancho deshilada en las puntas. Este elegante vestido se abrocha por detrás con una trencilla de seda, color granate.

17.—Traje con blusa plegada para niño pequeño.—El pantalón y la blusa se hacen de tela á cuadros azules y blancos. Guarnece el cuello y las mangas una tira bordada en blanco sobre fondo azul; la blusa se abrocha por el costado con una hilera de botones, y los pliegues de delante y detrás son de 2 centímetros de ancho. La faldita plegada es de 17 centímetros de largo, y la cintura de la misma tela es de 2 centímetros de ancho. Corbata azul y sombrero de paja del mismo color, forrado de terciopelo.

18.—Capota adornada de lazos.—El fondo de este modelo es de paja color fresa adornado de un lazo de cinta del mismo color con los cantos de un color más oscuro y formando en el alto del ala un lazo mezclado de cocas muy largas de terciopelo oscuro. La

cinta se prolonga hasta atrás para formar las bridas. 19 á 25.—Sombrillas de campo y de playa.—Las diferentes sombrillas de este modelo son las que están más á la moda. Sombrilla Pompadour á cuadros multi-colores, guarnecidas de bordado ó de estampados. Damos también diferentes formas de man-



16 y 17.—Trajes para niños.

gos, pero el mango de nudo llamado mango Fedoora que está enfrente del mango herradura de caballo es el más adoptado.

MISCELÁNEA.

Alis Frank Leslie, propietaria de 11 periódicos políticos é ilustrados de Nueva-York, se encuentra actualmente en la hermosa y poética Granada, hospedada en la fonda de los Siete Suelos.

Alis Frank, es joven, viuda y muy agraciada.

Según dicen los periódicos de la capital donde reside, posee en la populosa ciudad de Nueva-York, un establecimiento tipográfico con 400 operarios y 13 artistas grabadores. Recibe semanalmente más de 600 manuscritos, que inserta ó nó, según su particular criterio, y cuenta con un numeroso personal de redacción. Emplea mensualmente, 6,000 duros en sueldos, y 25 en material, calculándose que, deducidos gastos, disfruta de un rendimiento anual de 130,000 duros próximamente.

En uno de nuestros próximos números prometemos á nuestras lectoras ocuparnos más detenidamente de esta mujer, verdaderamente superior, en donde se refleja todo el carácter de sus compatriotas, por su actividad y su espíritu emprendedor.



18.—Capota adornada de lazos.

La «Sociedad Filarmónica» de Londres ha otorgado á la tan celebrada pianista Sofía Ménter, la honrosa distinción de ocupar la vacante producida en su seno por la muerte de Wagner.

CANTARES.

La que quisiera saber,
Recetas de hallar maridos,
Deje de buscarse novios,
Y le saldrán á racimos.

Con los hombres resalada,
Ni muy amable ni fosca;
Sinó un cierto ten con ten,
Vamos... un tira y afloja.

Anda, que tienes la maña
De los gatos marrulleros:
Que al *¡miz, miz!* toman el tole,
Y al *¡zap!* vienen corriendo.

Que ni quieres ni has querido
Lo conozco en tus miradas:
La mujer de corazón
No gasta pólvora en salvas.

Dicen que el silencio es oro,
Mas yo sé ciertos secretos
Que muerden como la víbora
A quien los guarda en el pecho.

Dicen que una mujer buena,
Ni con candil se hallará.
¡Qué demonio de candiles!
Buscadla con luz de gas.

IRIS,

SUMARIO DE LOS

FIGURINES Y GRABADOS DE MODAS DE ESTE SUPLEMENTO.

Figurín iluminado.—Trajes de casino.

Números 1 y 2.—Trajes de verano para visitas.—3. Cuerpo de *soirée* de verano.—4. Traje con tiras bordadas.—5. Traje, pequeño Trianón.—6. Traje de blusa para niña

de 11 á 12 años.—7 á 11. Trajes de playa y de campo.—12. Traje con *pardesús*-túnica.—13. Cuerpo de *soirée*.—14. Traje de paseo.—15. Capota de encaje.—16 y 17. Trajes para niños.—18. Capota adornada de lazos.—19 á 25. Sombrillas de campo y de playa.—Miscelánea.—Cantares

BARCELONA:

Imprenta de Luis Tasso, Arco del Teatro, 21 y 23.



19 á 25.—Sombrillas de campo y de playa.

4100